

rano, del reparto, si Gracovia y Sandomir no han de ser provincias prusianas. En estos términos el reparto es imposible, y vale más dejar á Polonia subsistir tal como se hallaba antes de la última insurrección.—«Imposible», gritaron á una los rusos y el embajador austriaco Cobentzel.—«Las tres cortes, añadió Ostermann, han reconocido la necesidad del reparto, y Prusia la primera de todas. Polonia ha muerto para siempre, y á los muertos no se los resucita así como se quiera». Cogiendo la ocasión por los pelos, Cobentzel se apresuró á decir: «Puesto que estamos de acuerdo en todos los puntos, redactemos el proceso verbal y firmemos el tratado. Si Prusia quiere marchar con nosotros, tanto mejor; sino, bien podemos pasarnos sin ella». Tauenzien protestó furioso de estas palabras, y se levantó la sesión.

Tal como Cobentzel había propuesto, así se hizo. Inmediatamente después de recibirse las instrucciones enviadas el veintinueve de Noviembre por el ministro austriaco Thugut, Catalina mandó redactar las actas que habían de firmar las dos cortes imperiales. Concernía la primera al reparto de Polonia, y por ella, Rusia se adjudicaba todo el territorio situado al Oeste de una línea que, partiendo del Bug al sur, pasaba por Bresc, de donde se dirigía á Grodno, y rozaba la frontera Oriental de Prusia siguiendo el curso de Niemen,—dos mil treinta leguas cuadradas de extensión;—Austria adquiría los cuatro palatinados, ó sea el país situado entre el Pilica, el Vístula y el Bug,—más de mil leguas cuadradas,—y se dejaba á Prusia el resto, equivalente á poco más de setecientas leguas cuadradas, con la condición de que había de reconocer y garantizar las adquisiciones de las dos cortes imperiales. La segunda acta se refería á las relaciones particulares entre los dos imperios, y por ella se estipulaba: «extender á Prusia las disposiciones secretas del tratado de alianza austro-ruso relativas á la Puerta Otomana, comprometiéndose cada una de las dos cortes á socorrer á la otra con todas sus fuerzas caso de ser atacada por aquel reino; poner el emperador todo lo que estuviere de su parte, si llegase á estallar una nueva guerra entre las dos potencias y Turquía, para llevar á efecto las convenciones estipuladas en mil setecientos ochenta y dos, en la correspondencia autógrafa de Catalina y José II; contribuir la emperatriz con todas sus fuerzas á asegurar al Austria las compensaciones exigidas, si no se pudiese en Francia, en Venecia; por último, socorrer la Czarina con todo su poder al emperador, si Prusia se propasase contra él á demostraciones hostiles ó actos de violencia». El tres de Enero de mil setecientos noventa y cinco se firmaron las dos actas, que se acordó guardar secretas, y cuatro dias después, el gabinete de San Petersburgo envió al de Berlín, en contestación á su nota, una memoria redactada en tono duro é imperioso y sin la menor alusión á los proyectos de las cortes imperiales. «La emperatriz, comenzaba diciendo la comunicación, no ha podido oír á Prusia sin profundo asombro proponer que se deje subsistir á Polonia. Deseo es éste que puede nacer en un corazón, pero que debe ser inmediatamente reprimido, por ser contrario á la naturaleza

de las cosas». Con energía probaba que Rusia tenía derecho á la mayor parte del botín. «Puede resueltamente sostenerse que los derechos de la emperatriz á parte de Polonia no son obra del momento ni de la casualidad, sino resultado de treinta años de trabajos, de cuidados, de empresas colosales de toda especie. Puede sostenerse que, desde este punto de vista, todas las ventajas que Prusia y Austria obtengan en Polonia, les serán concedidas gratuitamente y como un dón». Terminaba dando consejos. «Que Prusia reflexione que, cediendo, consolidará su alianza con Rusia, lo que será para ella mucho más importante que todas las consideraciones de fronteras, á las que ha dado hasta aquí la preferencia. Semejante conducta ejercía la mejor influencia en la situación general de Europa, al paso que sus esperanzas quiméricas de paz con Francia, de la que tanto se ha vociferado, no pueden conducir á nada». En lo de «esperanzas quiméricas», Rusia se equivocaba: el cinco de Abril se firmó la paz entre Prusia y Francia. Acertaba en lo de que «no podría conducir á nada»; porque, en efecto, Prusia no aumentó con ella su prestigio, y, á la postre, tuvo que ceder.

El ocho de Agosto, los embajadores de las dos cortes imperiales, en Berlín, pidieron conferenciar con el ministerio, para darle á conocer una comunicación oficial, á saber, el contenido del acta de tres de Enero relativa á Polonia. Los embajadores se negaron á dar explicación de ningún género, y pidieron, en nombre de sus cortes, que las negociaciones se continuasen donde se habían interrumpido, en San Petersburgo. Los ministros prusianos se quedaron aturridos. Prusia se hallaba exhausta de recursos, y ni para formular amenazas le quedaban alientos. No había más remedio que someterse á la voluntad de la gran Czarina. Federico Guillermo, en carta á ésta, se limitó á pedir, para firmar el tratado, la parte occidental del palatinado de Cracovia, necesario para proteger sus fronteras de Silesia, y una pequeña lengua de tierra en el Rug y el Vístula. Esto último no más se le concedió. En su virtud, el veinticuatro de Octubre de mil setecientos noventa y cinco, se firmaron en San Petersburgo dos tratados, el uno entre Rusia y Prusia, el otro entre Rusia y Austria, por los cuales se consumó el reparto de Polonia en los términos del acta de tres de Enero, excepto la lengua de tierra que Austria cedió á Prusia. El veinticinco de Noviembre, aniversario cabalmente de su coronación, celebrada treinta y un años antes, abdicaba el rey Estanislao, aceptando una pensión de doscientos mil ducados.—De esta suerte desapareció Polonia del cuadro de las naciones, habiendo sido ineficaces los esfuerzos que se han hecho en el primer tercio de este siglo para resucitarla. ¿Acertaría Ostermann al decir que Polonia había muerto para siempre? No. Su espíritu está vivo; palpita en la literatura, en las artes, en las ciencias, en la prensa periódica, en los ideales de sus habitantes, y mientras el espíritu viva, Polonia puede resucitar. Víctima de la brutal voracidad de los Estados territoriales, para los cuales el hombre era, como los bueyes, una dependencia del suelo, puede y debe Polonia volver á la

vida cuando las naciones se constituyan sobre la base de la democracia, que por encima del territorio, por cima de la raza, pone la comunidad de historia, de tradiciones, de creencias y de deseos, en una palabra, la identidad del alma entre los ciudadanos. Por tanto, á las preguntas que acaba de formular la redacción del periódico polaco *Krytica*: «si la existencia de una Polonia independiente ejercería influencia bienhechora en el desarrollo de la Europa occidental», y «si Polonia podría recobrar su independencia», la respuesta no puede menos de ser afirmativa.



## CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

Conquista de Holanda y paz de Basilea

o se detuvo á la caída de Robespierre el empuje victorioso de los ejércitos franceses; pero se manifestó á la luz del día el vehemente deseo de paz que ardía en el pecho de casi todos los ciudadanos. Sin las crueldades y venganzas que lo empañaron, el régimen del Terror, consistente en sacrificar todas las energías á la guerra, sólo tuvo razón de existir mientras Francia, agredida por las formidables fuerzas de las potencias coaligadas, vió su independencia gravemente amenazada; mas ahora en que por una serie de brillantes é inesperados triunfos se había trocado de agredida en agresora y asegurado el respeto de toda Europa, como en los mejores días de su historia, necesitaba de la paz para reponerse de las tremendas pérdidas sufridas, si no quería perecer de anemia. Los triunfos no le devolvían la sangre vertida ni las riquezas gastadas. Ni tenía para abastecer á sus ejércitos, ni podían vivir éstos á costa de los países conquistados, que, pisados en el transcurso de tres años por innumerables legiones, se hallaban, aun los más ricos, como Bélgica, enteramente agotados. Se estaba á la entrada del invierno, que amenazaba ser extraordinariamente frío, y muchos de sus soldados, sin tiendas de campaña, sin zapatos, sin abrigo, pasaban las noches bajo ramas de árbol, envolvían sus pies en trenzas de paja y se cubrían con esteras. No era mucho mejor la condición de los oficiales, cuyo sueldo, pagado en asignados, se reducía en ocasiones á ocho ó diez francos al mes, y los recursos que sus familias les enviaban no llegaban á sus manos, los apañaba la administración. Su régi-

CAPITULO DÉCIMOCUARTO  
CONQUISTA DE HOLANDA Y PAZ DE BASEL